CAPÍTULO VI

— La metamorfosis —

23

La luz solar desvanecía, y con el atardecer aquel mundo silvestre comenzaba a enrarecerse. Los sonidos del bosque eran extraños e inquietantes en todo momento, pero con la oscuridad parecían intensificarse.

Eros montaba a su yegua, que avanzaba a paso cansino pero constante, por el Camino de los Miedos rumbo al oeste. No tenía prisas y deseaba pasar inadvertido, no quería llamar la atención de ninguna criatura. Así, con la guardia alta, avanzaba por el sendero.

Su meta consistía en alcanzar las Tierras Altas, pero sus objetivos a corto plazo a duras penas se vislumbraban a cada instante, en cada nuevo desafío. El devenir del anochecer era una amenaza y, más temprano que tarde, debería hallar un refugio para afrontar la oscuridad del bosque. Estaba claro que debía explorar la senda durante el día, donde aquel infierno parecía apaciguarse. La noche era sólo una cuestión de supervivencia, donde permanecer oculto y a salvo era lo más conveniente.

Aún sin desesperar, intentaba advertir entre la espesura vestigios que lo condujeran a su próximo refugio. Durante un buen rato nada escapaba de lo ordinario, hasta que el ruido de un torrente, lejano pero continuo, apareció para romper la monotonía. Parecía ser la señal que estaba aguardando, y rápidamente se convirtió en su guía.

A medida que avanzaba el sonido era más nítido, y Eros presentía que algo afortunado sucedería. Sabía que, de existir algún refugió, debería establecerse cerca de una fuente de agua, regla esencial para la subsistencia. El bosque estaba desolado, pero en épocas de campañas había sido explorado en profundidad. Así que la esperanza de hallar algún puesto abandonado alimentaba sus energías.

A un costado de la senda advirtió huellas de pisadas. Detuvo la marcha y se arrimó para observar detenidamente. Aquel rastro era reciente y, por tamaño y profundidad, concordaba con el de una persona robusta. Al alzar la vista, descubrió que se extendía hacía el interior del bosque, apartándose del camino. Aquello lo sorprendió, no estaba en sus planes toparse con alguien más en ese punto avanzado del recorrido, ya había sido suficiente como para que fuera posible.

No lo pensó dos veces y comenzó a seguir ese rastro. Tomó las riendas de la yegua, pero continuó a pie para concentrarse mejor. Las pisadas se dirigían hacia donde el follaje se volvía más tupido y difícil de transitar. Por momentos, la pista se volvía borrosa, pero se las ingeniaba para no perderla de vista. A su vez, el sonido del agua se hacía cada vez más fuerte, como la promesa de un buen augurio.

Mientras tanto, la noche seguía abriéndose paso dando lugar a la oscuridad, que se presentaba como una vieja conocida. De esta manera siguió caminando, expectante y alerta, hasta que finalmente dio con lo que buscaba. Entre la espesura pudo divisar un techo de paja construido a dos aguas. El corazón le latió con fuerzas, el hallazgo era muy alentador. Aceleró el paso y rápidamente tuvo un mejor panorama. Se trataba de una cabaña rustica, pero en buen estado, probablemente habitada. Sin perder tiempo, se aproximó.

Sobre un costado había un corral de troncos, en donde resguardó y ató a Agatha, para luego acercarse a la entrada. La puerta, bastante precaria, estaba construida en madera y apenas encajaba en la abertura. Las paredes eran ordinarias pero resistentes, compuestas por piedras perfectamente encastradas. Estaba claro que la entrada había sido improvisada y no pertenecía a la estructura original ya que desentonaba bastante con el resto de la construcción.

Eros llamó a la puerta con algunos golpes y esta se tambaleo un poco, haciendo que el joven temiera por un instante que esta cayera. Aguardó un momento, pero no hubo respuesta. Se inclinó para observar a través de una pequeña rendija que se formaba entre la puerta y un lateral del marco de adoquines. El interior estaba sumido en sombras y no pudo vislumbrar nada.

Sin advertirlo, recibió un fuerte golpe en la nuca mientras se incorporaba. Dolorido y aturdido, tuvo el impulso de girar para interpretar lo que ocurría, pero su vista se nubló y su cuerpo se derrumbó sobre el suelo. Tras un puñado de segundos se desvaneció por completo.

Al recuperar el conocimiento, el marco había cambiado. Estaba maniatado, confundido y sentía una punzada fuerte en la cabeza. Se encontraba dentro de la cabaña, acostado sobre el piso en una de las esquinas. Esta vez, el interior estaba iluminado gracias al fulgor que irradiaba una añeja hoguera. Varios troncos ardían en ella y propiciaban un calor sofocante. Antes de que terminara de recuperar la claridad y se hiciera preguntas, una voz irrumpió el ambiente:

—¿Por qué estabas merodeando en mi cabaña? ¿Qué estás buscando? —Oyó que le preguntaba una voz, y una persona se hizo presente frente a Eros. Era un hombre alto y corpulento, sus músculos parecían tallados con un cincel, y las venas que los rodeaban sobresalían de la piel como una enredadera. La fortaleza física del individuo era realmente sorprendente. Lucía un gesto recio detrás de una barba blanca y grotesca que se extendía hasta la cintura. La parte descubierta del rostro exponía profundas arrugas, se trataba de un veterano más allá de su preservado estado. Sus ropas demacradas y percudidas por la tierra y el paso del tiempo, ya habían perdido su verdadero color.

Eros no supo qué responder, balbuceó algunas palabras sin sentido y su captor comenzó a perder la paciencia.

—No me gusta repetir las cosas, ¿qué hacías allá afuera? ¿Intentabas robarme? —insistió, más incisivo y hostil. Mientras fijaba la vista en el rostro del joven, hacía chasquidos con los nudillos.

—¡No intentaba robar nada! —respondió saliendo de su estupor—. Tan sólo estaba buscando ayuda.

—¡Ayuda! ¡Ja! —rió irónicamente—. Quien decide ingresar a este infierno no necesita ayuda. Hay que ser un guerrero para sobrevivir aquí y tú no aparentas serlo. Pareces un novato, bien podrías ser el almuerzo de la bestia más estúpida del bosque. ¿Cómo llegaste hasta aquí vivo? —indagó nuevamente. Su tono de burla, de alguna manera extraña, lo hacía un poco menos intimidante.

—Créeme que es una larga historia —lanzó un largo suspiro y continuó—. Pertenecía al Reinado del Sur, pero fui considerado un desertor y no tuve más alternativa que escapar. Preferiría ser devorado por un dragón a estar encerrado en un calabozo —confesó con crudeza. Por algún motivo, sus palabras ahondaron profundo en el hombre.

—¿Cómo te llamas, desertor? —preguntó, esta vez con algo de empatía, haciendo menguar un poco el tono áspero de la conversación.

—Me llamo Eros y, hasta hace poco, era un servidor de la guardia real —hizo una pausa, y se animó a preguntar—. ¿Y tú cómo te llamas?

—¡Igor! —dijo con orgullo. Alguna vez su nombre había sido sinónimo de héroe, aunque estaba lejos de eso en el presente.

Eros abrió los ojos de par en par, no pudo disimular el asombro, ya que recordó de inmediato el relato de Bjorn acerca de la masacre que había hecho el guerrero Igor tras su regreso del bosque. La persona que tenía frente a él encajaba perfecto con la descripción. De ser así, y si era verdad lo que se contaba de él, la situación podría tornarse aún más peligrosa.

—Tal vez hayas escuchado sobre mí —prosiguió el viejo héroe—. Ya pasó mucho tiempo desde que tuve que huir del reino, pero las grandes historias nunca mueren, ¿verdad? —acotó, esta vez con más templanza. El guerrero se sentía reflejado en Eros ya que, si bien no conocía su historia, veía en el joven su propia frustración, la misma que aún pesaba sobre sus hombros: el exilio. Inesperadamente, aquella coincidencia estaba provocando un giro.

El muchacho tan sólo asintió con un gesto leve, nervioso y sin saber cómo comportarse. En ese momento, consideró menos arriesgado estar deambulando en la penumbra del bosque, algo impensado hasta escasos minutos atrás.

Por su parte Igor, sintiendo culpa por haberse excedido, decidió desatar al joven. Empuñó su cuchillo para comenzar a liberarlo, pero Eros, alarmado ante la visión del filo acercándose a él, reaccionó elevando una de sus piernas para evitar el contacto.

—¡No me mates! ¡Tengo una misión importante por cumplir! —gritó, desesperado y temiendo por su vida. Pocas veces se había sentido tan vulnerable e impotente como en ese momento.

—¡Tranquilo! Relájate muchacho, no quiero a hacerte daño, sólo voy a desatar tus manos. No hagas nada estúpido —advirtió, abriendo entera la palma de la mano en señal de tregua.

Eros bajó la guardia y el guerrero ejerció presión con el puñal sobre las cuerdas que amarraban las muñecas. El filo se enterró en el material, y este cedió devolviéndole la movilidad de los brazos.

—Tuvimos un mal comienzo, así que empecemos de cero —propuso, mientras arrastraba un taburete improvisado con el corte de un grueso tronco. Lo dejó cerca de Eros indicándole que tomara asiento, y él hizo lo propio con otro semejante—. ¿Un poco más cómodo? —acotó, para reanudar el diálogo sin esperar una respuesta— Cuéntame acerca de esa misión tan importante —se cruzó de abrazos, y aguardó expectante.

—Poseo información crucial acerca del Reinado del Oeste, y debo llegar a las Tierras Altas para transmitírsela al rey —comenzó a explicar, pero el relato fue interrumpido por una carcajada espontanea del grandulón, la cual casi le cortó la respiración.

Mientras el robusto hombre se tomaba el abdomen y reía, Eros, avergonzado, se quedó callado con la mirada en el suelo. Puso el foco en sus botas, las que se veían muy dañadas y sucias de barro. Recordó entonces un momento previo a la ceremonia de la última prueba: estaba en su casa frente al espejo luciendo el nuevo uniforme, y sus botas relucían, casi tanto como sus expectativas. Se mantuvo unos segundos reflexionando sobre el giro inesperado que había tomado de su destino, hasta que Igor recuperó su atención con un grito:

—¡Desertor! ¿Dónde estás? —reclamó, al ver que Eros estaba sumergido en sus pensamientos—. Tu comentario fue muy gracioso. Así que tienes información crucial para el oeste, ¿no? —Volvió a soltar una última carcajada y reanudó rápidamente—. Tu optimismo me asombra, nunca lograrás llegar a las Tierras Altas, te comerán las bestias en medio del intento. Y, si pudieras llegar al castillo, te matarían los caballeros ni bien abrieras la boca. ¿Qué tan importante es lo que tienes para contar? —remató, por fin cediendo la palabra.

—Sé que el Reinado del Oeste recibirá un ataque sorpresa del norte, justo el día del aniversario —respondió, y se quedó observando los gestos del hombre, quien hacía esfuerzos para no ser presa de las risas otra vez. Antes de que la conversación cayera en las burlas, pensó en darle mayor sustento a sus comentarios —. Lo sé de primera mano porque fue el mismo Kol fue quien me lo dijo —lanzó. Esta vez sus palabras fueron contundentes y pudo ver cómo el rostro de Igor se transformó en piedra.

—¿El comandante Kol? ¿Del ejercito del norte? —preguntó, con suspicacia.

—Sí, ese mismo, lo derroté en una de mis pruebas. Es un prisionero de guerra —enfatizó, y se quedó pensando en el guerrero enemigo, quien probablemente ya habría sido ejecutado —. O más bien lo era —corrigió.

—¿Sabes que enfrentamos a ese desgraciado en el Lago de los Dioses? Matamos casi todos sus soldados, pero huyó como un cobarde. Me alegra que finalmente lo hayan atrapado —agregó, está vez otorgando mayor credibilidad al relato del joven.

—Kol intentó conseguir su libertad a cambio de esa información, pero no tuvo lugar. Terminó revelándome el secreto cuando lo derroté, como intercambio para que le perdonara la vida. Ahora lo sabes tú también, nadie más está al tanto de esto —aseveró, y retomó más confiado—. Ahora entiendes por qué es vital mi viaje a las Tierras Altas. Tal vez muera en el camino, pero debo intentarlo, no tengo mucho que perder de todos modos.

Igor se quedó pensando. Entendió que el joven era más valiente de lo que parecía, y además tenía un propósito importante. Se lamentó haber sido tan rudo con él.

—Siento haberte tratado mal —se disculpó con sinceridad—, creo que lo que estás haciendo es por una buena causa. Puedes pasar la noche aquí si lo deseas, afuera es peligroso. Te daré alimento y agua para beber, mañana podrás continuar con tu camino.

Tras esto, le entregó un pocillo con agua y una cesta con frutas frescas. Eros se alimentó toscamente, casi como un animal salvaje, llevaba demasiadas horas en ayunas y ya le dolía el estómago vacío. A pesar de un comienzo tempestuoso, el trato del veterano había terminado siendo amable, y Eros había logrado conseguir un refugio para pasar la noche.

Bajo un clima de camaradería, pasaron horas charlando acerca de batallas y proezas, donde la mayoría de las historias lo ubicaban a Igor en el centro de la escena. Eros también contó las suyas, en especial su deserción en la prueba de lealtad. Entre memorias y anécdotas, la conversación había resultado amena, pero el joven quería conocer la versión de Igor acerca su huida y, aunque abordar el tema era arriesgado, no pudo evitarlo y fue directo al grano.

—¿Por qué decidiste huir? ¿Qué fue lo que pasó?

—Creo que ya tienes una versión al respecto, supongo que en el sur hablan pestes de mí, si es que aún me recuerdan —respondió, un poco a la defensiva.

—Es verdad que la historia que escuché no es buena, pero eso no importa, quiero saber la tuya —la franqueza del muchacho hizo que el corpulento hombre se quedara meditabundo unos segundos. Luego respondió con honestidad:

—Sé que hice mucho daño, y entiendo la reacción de la guardia real. Pero ellos jamás valoraron todo lo que di por el Reinado del Sur. Nadie venció más enemigos que yo, los norteños nos temían gracias a mí. Pero eso no es todo, cuando pocos se atrevían a ingresar al bosque, yo fui el más valiente —afirmó con orgullo—. No dude en hacerlo pues no tenía debilidades ni fantasmas que me detuvieran.

»Los rumores decían que el bosque te enfrentaba a tus miedos, que tus propias bajezas te harían flaquear dejándote indefenso y a merced de las bestias. Aquello era real —la seriedad es su voz era reflejo de los recuerdos de aquella época—, muchos compañeros perdieron la vida de esa manera. Pero yo era diferente, no le temía a nada, sabía que podía enfrentarme a cualquier criatura con total lucidez. Y así fue —dijo, y se mostró conmocionado por su propio relato. Por primera vez en la noche, había abandonado su apariencia implacable—. Al principio, la expedición había sido exitosa, además estaba bien equipado y tenía una gran armadura. Me enfrenté a criaturas espeluznantes, pero cayeron ante el filo de mi espada como lo haría cualquier otro ser. A fin de cuentas, todos vivimos, sangramos y morimos por igual —expresó con suficiencia.

—Muchos dijeron que ya no eras el mismo —intervino Eros, interrumpiendo el relato—, que el bosque te había cambiado. ¿Es verdad? —preguntó dubitativo, con temor de que la pregunta lo incomodara.

—Sí, es verdad —admitió, sin vestigio de enojo—. Pero no fueron mis miedos lo que me afectaron, había algo que nadie me había contado acerca del Bosque Encantado. Supongo, porque tampoco lo sabían —respondió, enigmático, y la intriga se apoderó de Eros—. En el interior de las personas acecha un demonio aún más aterrador que el miedo, y es el pecado. Cuando tu alma se mancha con él, no puedes escapar del destino. Todo vuelve, y esa deuda sólo se paga con dolor.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver el bosque y los pecados?

—Si logras superar tus miedos, el siguiente desafío es mucho más aterrador. El bosque intensificará tus peores bajezas, sentirás tu parte oscura a flor de piel y todo lo malo que hayas hecho se volverá en tu contra —las sombras en su voz eran tan densas como lo que narraba—. Te enfrentarás a ti mismo en un duelo interno que te llevará a la locura. Yo fui sometido a eso y nadie estuvo para ayudarme. Tuve que huir de mi reino antes de ser ejecutado —lamentó, sin mucha voluntad de continuar.

—¿Cuál fue tu pecado? —No quería ser irrespetuoso, pero necesitaba entender la historia completa. Igor se mantuvo callado un momento, y el joven respeto aquella pausa.

—Mi pecado fue matar, yo era un asesino —dijo al fin, con amargura—. En la batalla resultaba útil, defendí como nadie las costas del Lago de los Dioses. Lo hacía por honor, pero también por placer. Al ver brotar la sangre de mis enemigos, sólo quería más. Pero lo que pasó aquí dentro fue muy extraño. Ese deseo de matar se volvió imparable, me sentía una bestia más entre las que ya habitaban este lugar. Cuando volví al pueblo, ese impulso no se detuvo, sólo quería más sangre, podía olerla, palparla, no pensaba en otra cosa y provoqué nada más que caos. Pero ese no era yo, el bosque había nublado mi juicio, y finalmente el héroe se convirtió en villano.

—Lamento que hayas pasado eso, debe haber sido aterrador. ¿Crees que ya lo superaste? —No quería convertirse en su próxima víctima y su interlocutor había vuelto a provocarle algo de alarma tras su relato.

—Eso pasó hace mucho tiempo, es cosa del pasado. Ya no siento esa ira, ni el deseo de matar, sólo cazó para sobrevivir. Hoy me siento en paz y el bosque es mi lugar. Es una vida solitaria, pero en armonía.

—Me alegra que lo veas así —las palabras del antiguo guerrero lo habían calmado— Yo pude superar mis miedos y, aunque no fue fácil, pude lograrlo. ¿Crees que deba enfrentarme a mis pecados también?

—Supongo que sí, pero al menos tú estás advertido. Yo no tuve esa ventaja —expresó. Y con esas últimas palabras, se levantó y dio por concluida la charla.

24

El alba apenas acariciaba el valle de Tibur, y los incipientes rayos solares atravesaban los cristales de la alcoba de Elena. La princesa reposaba despierta en su cama, no había podido pegar un ojo en toda la noche. Su mente revuelta giraba en torno a las palabras del viejo Olaf.

Ofuscada por la noticia, su preocupación por Eros le resultaba insoportable. Era consciente del peligro al que estaba expuesto, pero no sabía cómo ayudarlo. En el reino nadie movería un dedo para salvar su pellejo. Estaba claro que, si quería hacer algo al respecto, sería por cuenta propia. Elena era intrépida y valiente, odiaba quedarse de brazos cruzados ante la adversidad, pero esta vez era diferente, estaba a punto de tomar la decisión más audaz de su vida: pasar la página y dejar atrás a Eros o arriesgarlo todo por él.

Desvelada e inmersa en sus pensamientos, revivía un sinfín de recuerdos junto a su amigo. Ambos habían alternado buenos y malos momentos, pero lo más valioso había sido la manera en que ella había logrado abrir su confianza. El interior de la princesa era un laberinto de enigmas y sorpresas, donde sólo Eros había podido conocer sus virtudes y flaquezas. Ese trato especial e íntimo había dejado una huella imborrable y profunda, el mismo sentimiento que hoy la estremecía por dentro.

Elena no podría continuar con tal contradicción, no volvería a ser la misma persona sin antes haber hecho todo lo posible. Como un volcán a punto de estallar, su corazón la impulsaba a tomar cartas en el asunto.

En el preámbulo de aquel día, se aferró a lo que sentía y tomó la decisión de ingresar al Bosque Encantado para salvar a su amigo. Sabía el riesgo que correría, pero el intento le valía la pena.

Tomó una daga que le había obsequiado su madre y la escondió debajo de su tabardo. Con sigilo, se dirigió al establo y retiró un corcel bayo como si fuera a dar un paseo. Solía montar a caballo por las mañanas, aquello no despertaría sospechas. Eran habituales sus salidas matutinas ya que le encantaba recorrer el camino real y disfrutar del aroma del rocío y las hojas húmedas de los árboles emperatriz. Pero esta vez, no se trataba de esparcimiento, el motivo era mucho más trascendental.

Sin dar tregua, cabalgó hacia el Camino de los Miedos. Mientras transitaba esa ruta, retrotrajo a su mente la escena en que Eros había regresado de su primera prueba, de la cual apenas había sobrevivido. No pudo evitar ser presa del miedo. Más allá de su preocupación por él, ahora también su propia vida estaría en juego, y esa realidad comenzaba a inquietarla.

Finalmente, el momento crucial había llegado, se encontraba frente al sendero más temido de todo Tibur. Nunca había estado tan cerca de ese acceso y, al igual que los guerreros que lo habían incursionado antes que ella, sentía terror de ingresar y de lo que le depararía el destino.

Prefirió prescindir del caballo, no quería exponerlo a los efectos de la metamorfosis, tal como lo había revelado el anciano Por lo que decidió continuar sola, y dio el primer paso a pie. Una vez dentro, avanzó tratando de pasar inadvertida. Los minutos iniciales transcurrieron sin contratiempos, lo que hizo que ganara algo de confianza. Esa tranquilidad le permitió enfocarse nuevamente en su objetivo, y comenzó a preguntarse cómo podría hallar la pista del joven. No tenía instrucción de la misma manera que los caballeros, y su sentido de orientación fuera del castillo era poco fiable.

Siguió caminando a paso firma por el Camino de los Miedos ya que, como no disponía de alternativas, resultaba lo más sensato. Desconocía el lugar en absoluto, ni tampoco tenía claro que esa senda la conduciría al oeste, destino al que ya sabía que se dirigiría su amigo. El mismo lo había dejado entrever en la última charla.

El bosque había estado sereno hasta que, a un costado del camino, se oyó quebrantarse las ramas de un árbol. La princesa miró a su alrededor con nerviosismo, se percibía una presencia en el ambiente. Por varios segundos todo se mantuvo en suspenso, la joven se mantuvo inmóvil, apenas respiraba sutilmente y ponía todo su esfuerzo en no llamar la atención. Pronto, crujieron más ramas y una bandada de aves huyó espantada, volando asustadas en todas direcciones. Elena se sobresaltó y retrocedió unos metros. Captó algo aproximarse entre la espesura, una ola parecía emerger del mismo follaje. La escena era intimidante, quiso evitar el desenlace, y se lanzó a la carrera por el sendero.

Al principio, escuchó un movimiento brusco, como si algo hubiera reaccionado ante su huida, pero no fue más que eso. Tras un instante, advirtió que el ruido de sus pisadas y la respiración agitada era lo único que prevalecía. Aminoró la marcha y dio un vistazo hacia atrás para inspeccionar el panorama. No había amenaza alguna. Trató de relajarse, aunque no tanto, aquello había sido una advertencia.

Al volver la vista al frente, se topó con dos hombres montados a caballo. La aparición había sido extraña y repentina, ya que no había advertido esa presencia hasta no estar casi sobre ellos. Al prestar mayor atención pudo identificarlos, se trataban de los campesinos que la habían atacado durante la noche de la ceremonia.

Retrocedió, desempuño la daga y se puso en guardia. El miedo y el desasosiego la abordaron en un segundo. Hubiera esperado encontrase cualquier cosa ahí dentro, menos ese par de malnacidos. Con recelo, levantó su mirada y la enfocó en uno de los hombres, especialmente en quien la había hostigado más aquella noche. Su expresión volvía a ser la misma, con una sonrisa perversa y burlona grabada en el rostro, como un bufón bizarro y grotesco. Ambos bajaron de sus monturas, pero él se adelantó. Avanzó con paso lento y cauteloso: la princesa estaba armada, y cualquier gesto podía costarle caro. Finalmente, le habló:

—No harás mucho con eso —señaló, mirando el puñal—, tampoco intentes salir corriendo, aquí no tienes dónde huir y tu papá no está para salvarte el culo —amenazó, confiado e intimidante.

—Te escapaste una vez, pero ahora terminaremos lo que empezamos —intervino el otro hombre, balbuceando un poco. Esta vez parecía desear mayor protagonismo. Su aspecto era tan repugnante como su compañero, pero se notaba que no era él quien llevaba las riendas.

—Ahora te atreves a desafiarme, se ve que tu amo te dio permiso —se burló la princesa—. Quisiera ver qué haces si te lanza un hueso, seguro vas tras él moviendo el rabo —continuó, tajante. Lo que el segundo había dicho le ponía los pelos de punta, y su rebeldía no hacía más que complicar las cosas.

—Eres una yegua mal criada, así que tendremos que domarte, verás quién verdaderamente manda —retrucó el más dominante de los hombres.

Elena respondió lanzándole el cuchillo, pero el hombre lo esquivó con facilidad. Luego ambos se abalanzaron sobre ella y, antes de que pudieran alcanzarla, Elena pateó el suelo removiendo la tierra, y la polvareda afecto la vista de los atacantes. El arrebato dio resultado y consiguió algunos segundos de ventaja. Sin demorar, se lanzó a la carrera hacia la dirección desde donde había venido. De inmediato, comenzaron a perseguirla, apenas una decena de metros separándolos.

Elena se esforzaba por mantener la distancia. Desesperada, no podía pensar con claridad mientras el miedo le imponía las reglas. Cuando parecía que nada podía ser peor, un gemido agudo y profundo irrumpió el ambiente, tan aterrador como inaudito. Volteó su cabeza y vio una imagen descomunal. Los malhechores también hicieron lo propio, y se espantaron de igual manera. Los caballos que habían dejado atrás ya no lucían como tales. Los cuerpos tenían forma de grandes reptiles, con garras y mandíbulas prominentes, y un verde intenso teñía sus escamas. Se trataba de dragones y de un tipo que Elena conocía muy bien, aunque sólo de los textos que había leído de la biblioteca real. Las bestias pronto reaccionaron y atacaron a los bandidos con brutalidad, la cacería fue atroz. Las cabezas de los monstruos se sacudían de un lado a otro, destrozando a sus víctimas y reduciéndolas a trozos de carne en cuestión de segundos. Lo sucedido había sido tan súbito como fulminante. Sus perseguidores ya no existían, y una nueva amenaza emergía, tan feroz como desconocida.

Uno de los dragones cargó parte de los restos y los arrastró hacía la espesura, el botín parecía haberlo satisfecho. Pero el otro, que aún no estaba conforme con la matanza, emitió un rugido de rabia que salía desde sus entrañas. Advirtió entonces la presencia de la princesa y cambió de postura. Contrajo sus patas traseras, agazapándose, como a punto de iniciar una nueva embestida. Durante el ataque previo, la princesa se había quedado petrificada con la escena más escalofriante que jamás había presenciado en su vida, pero en ese momento se lamentaba por no haber aprovechado la distracción. Ahora ella era el blanco y la situación se tornaba mucho más peligrosa. Sintió que, inevitablemente, había llegado su final.

Sin rendirse, comenzó a huir una vez más. Intentaba escapar a pesar de sus escasas chances de sobrevivir. Sentía las fuertes pisadas tras ella y supo que no quedaba mucho por hacer, sólo continuar corriendo y esperar lo peor. Percibía la presencia de la bestia aproximarse, su gemido infernal y aterrador sonaba cada vez más cerca. Fue entonces que, cuando el aliento del animal ya le rozaba la nuca, oyó un descomunal chillido de dolor cortando el aire, tan intenso como inesperado. Volteó la cabeza y observó la criatura desplomada en el suelo.

Interrumpió la carrera de inmediato, exhausta y agotada, apoyó las manos sobre sus rodillas para mantenerse en pie. No entendía absolutamente nada, parecía estar fuera de peligro, pero el terror aún circulaba por sus venas. Mientras recuperaba la compostura, se quedó mirando al inmenso lagarto. Yacía inmóvil, sin vida, y rodeado por un extenso charco de sangre. Tras recobrar las fuerzas, se aproximó para intentar de comprender lo que había sucedido. Debeló parte del misterio tras identificar la punta de una flecha expuesta entre las costillas. Esta había atravesado el torso del animal de lado a lado, ingresando por un costado hasta romper la carne por el pecho, impartiendo una muerte rápida y certera.

Atónita por lo que acababa de descubrir, se apartó a los tumbos, trastabilló y cayó sentada sobre la tierra. Comenzó a mirar en todas direcciones, enajenada e indefensa, necesitando identificar cuanto antes el origen de aquella flecha misteriosa. Alguien la había salvado, pero transcurrían los segundos y no se daba a conocer. Fuera de sí, comenzó a gritar sin importarle exponer su posición.

—¡¿Quién está ahí?! ¡¿Eros, eres tú?! —preguntó, la voz se le entrecortaba de los nervios.

Pero sólo el silencio le respondió.

25

Un fuerte sacudón hizo tambalear la cama colgante donde descansaba Eros. La tela se retorció y el joven cayó al piso bruscamente. Sin entender lo que pasaba, intentó incorporarse, aún aturdido por el golpe y el sueño interrumpido. Igor se encontraba frente a él con cara de pocos amigos y un enorme y temible mazo en una de sus manos.

—¡Eres un fraude! —gritó el grandulón, envuelto en ira.

—¡Detente! ¿Por qué me estás atacando? —exclamó el muchacho, cada vez más desconcertado.

—Tú te crees un héroe, yo pienso que eres un idiota. Para ser héroe debes tener victorias y sangre enemiga en las manos. Tú no tienes ni callos —escupió, rabioso.

La furia que mostraba era irracional, Eros comprendió que se trataba de un estado enajenado inducido por el mismo bosque, tal como lo habían hablado la noche previa. Lo que estaba claro era que Igor se encontraba fuera de sí, y sus intenciones eran peligrosas.

El musculoso hombre giró la cintura para tomar impulso, y lanzó un violento ataque con su brazo armado. El joven rodó instintivamente, y el pesado objeto impactó contra el piso de madera, haciendo un enorme agujero. De no haber sido por sus reflejos, el golpe lo hubiera herido seriamente. Ya no había lugar para el diálogo, aquello se trataba de vida o muerte.

Eros se reincorporó y, desesperado, corrió hacía un costado de la cabaña, trastabillando con todo tipo de utensilios esparcidos en medio del desorden. Igor no paraba de embestir con su enorme martillo, sin mucha precisión y haciendo destrozos a su paso. El joven era más ágil y eso le permitía estar un paso por delante, pero no resistiría así mucho tiempo, tenía que hacer algo pronto para responder a tal agresión.

En el cuerpo a cuerpo, sin dudas, perdería, por lo que debía ser más astuto. En ese momento observó el brasero que contenía la hoguera. Se acercó al artefacto, esperó a que el veterano se aproximara y, cuando lo hizo, pateó el objeto dejando caer los leños ardientes sobre el suelo. A pesar de su fiereza, el viejo guerrero retrocedió algunos pasos, esta vez, fue él quien se sintió acorralado. El piso comenzó a arder en algunos sectores, e Igor miró el fuego, perplejo. Fue entonces cuando Eros consideró que era el momento oportuno para escapar. Corrió hasta la puerta y quitó una barra de hierro que bloqueaba la entrada, accediendo, al fin, al exterior.

Una vez fuera, volteó la mirada hacia el interior de la cabaña, atento a la reacción del grandulón, pero este estaba más preocupado por el fuego. Sin perder el tiempo, se dirigió hacia el corral donde descansaba Agatha, desató las correas y la montó con prisas. En cuestión de segundos, el animal se alejó del peligro velozmente.

El frenesí del solitario hombre había sido abrumador. Lo sucedido había demostrado que aún era cautivo de la maldición del bosque, y su pecado lo seguía carcomiendo por dentro. El aislamiento, definitivamente, era lo que mejor para él y, sobre todo, para los demás.

Con el corazón aún alterado, Eros se obligó a dar vuelta la página y retomar el Camino de los Miedos. Una vez en el sendero se sintió más aliviado. La cabaña no había sido el refugió ideal, pero, al menos, le había servido para superar la noche vivo. Tenía por delante un nuevo día con varias horas de sol que le permitirían avanzar en su recorrido antes de tener una nueva cita con la oscuridad.

A estas alturas, no tenía idea en qué punto del trayecto se encontraba, pero estimaba que ya habría superado la mitad de la distancia. Lo cierto es que aún restaba un buen tramo y, como siempre, la atención y la paciencia serían sus mejores compañeras.

Durante largo rato, marchó a buen ritmo inmerso en el paisaje sereno y monótono. Mientras tanto, sus pensamientos divagaban entorno a un gran interrogante. Había conocido la trastienda del embrujo que había acosado la mente de Igor, y temía correr la misma suerte. En ese sentido, se preguntaba una y otra vez: ¿cuál sería su pecado? Y también, ¿cómo pagaría esa culpa?

Sin quererlo, comenzó a hacer un repaso por los momentos más trascendentes de su vida, y no halló deudas pendientes en su conciencia. Desde pequeño, había sido un buen hijo, obediente y afectuoso con sus padres. Durante su carrera en la guardia real, había sido aplicado en los entrenamientos, incluso había sido considerado el aspirante más prometedor. Gracias a sus valores y lealtad había conservado grandes amistades, y no conocía en el reino quien lo hubiera odiado. En última instancia, su único estigma habría sido la huida en la tercera prueba. Donde el mayor afectado había sido él mismo, y, de alguna manera, ese pecado lo había saldado con el exilio. Se sentía al día con el destino y eso lo reconfortaba, pero, de todos modos, sabía que no debía confiarse, y menos en un lugar tan impredecible.

Interrumpió su reflexión cuando, a un lado de la senda, advirtió un pequeño arroyo con aguas claras. Inmediatamente pensó en darle un descanso a Agatha, y decidió hacer una pausa.

El animal se aproximó a la orilla y comenzó a beber con ansiedad, confirmando que la parada había sido oportuna. Eros también aprovechó para relajarse y se sentó sobre la hierba apoyando la espalda en el tronco de un árbol.

El joven, alerta, vigilaba la densa vegetación, no quería ser tomado por sorpresa. Todo parecía estar bien hasta que empezó a notar conductas extrañas en la yegua. No dejaba de tomar, como si estuviera completamente deshidratada, aunque no era el caso ya que hacía tan sólo unas horas que había abandonado la casa de Igor y allí había procurado alimentarla y saciar su sed.

Preocupado, se aproximó al animal y le acarició el cuello.

—Tranquila, ya es suficiente. Deberías parar —le dijo en un susurro calmo, pero Agatha no atendía a sus palabras—. Agatha, es suficiente —insistió, con la voz mucho más firme. Pero el animal seguía sin responder. Eros estaba intranquilo, la yegua era obediente, y ambos tenían buena conexión, le sorprendía que no mostrara, al menos, un gesto de rebeldía.

No conforme, practicó un leve empujón sobre el lomo. Era pesada y poco pudo moverla, otra vez no hubo reacción, la yegua sólo se enfocaba en seguir bebiendo. El muchacho se sentía contrariado, mezclaba preocupación con algo de enojo, prácticamente lo había ignorado.

Decidido, tomó las riendas que colgaban de su quijada, las cuales estaban sumergidas parcialmente. Enrolló la cuerda en una de sus manos y dio un tirón con fuerzas para torcer la postura de su mandíbula. Esta vez el intento dio resultado, y pudo romper con el trance de su compañera. La cabeza de Agatha giró hacia él y, mientras chorreaba agua de su boca, lo observó con una mirada cansina y confusa.

La situación era inaudita, nunca antes había percibido esa sensación en sus ojos. Se trataba de un animal curtido, había atravesado situaciones extremas en campos de batalla, tanto reales como de entrenamiento. Había superado todo tipo de adversidades, entre ellas la lesión que casi la había llevado al sacrificio. Desde siempre, la vitalidad y la entereza habían definido su impronta. Sin embargo, algo andaba mal y el joven lo intuía. Antes de que pudiera hilvanar conjeturas, Agatha volteó el cuello con vehemencia y las riendas, enredadas en las manos de Eros, fueron agitadas como un látigo. Sin quererlo, el cuerpo del joven fue impulsado y voló hasta la mitad del arroyo.

La imagen era tragicómica, había quedado sentado en medio del charco, con el agua cubriéndole hasta la cintura y las ropas empapadas. Algunas plantas colgaban de su cabeza como un grotesco adorno floral en un peinado exótico.

Ambos cruzaron una mirada profunda y fugaz. Un instante después, Agatha dio media vuelta y se retiró al trote, retomando el Camino de los Miedos.

Eros quedó desconcertado, la reacción de Agatha hacía que sus planes se vinieran abajo. Inmediatamente, se reincorporó, salió a los tumbos del arroyó y echó a correr tras ella. Al abordar el camino, observó a la yegua demasiado lejos, al menos un centenar de metros los separaban. Si bien no podría igualar su velocidad, ni mucho menos alcanzarla, continuó la marcha sin detenerse. A pesar del esfuerzo, el animal se alejaba cada vez más, y un sudor frio se esparció por el cuerpo del joven. El suceso había sido tan repentino como insólito y, de un momento a otro, el destino volvía a desafiarlo.

Cuando todo parecía irreversible y la incertidumbre ganaba la pulseada, se dio un nuevo quiebre. La imagen lejana de la yegua era apenas visible, pero lo suficiente como para distinguir que se había detenido. Aquello fue una bocanada de oxígeno, y Eros intensificó la marcha quemando las últimas energías.

Corrió sin tregua el tramo que los separaba hasta que finalmente pudo alcanzar la posición del animal. Tomó las riendas una vez más y le dio varias vueltas a la muñeca, no quería volver a perderla. Satisfecho, descansó un breve instante para recuperar el aire, estaba realmente agotado.

Una vez repuesto, puso la atención en la yegua nuevamente. Apoyó la palma en el pecho del animal, pero se sorprendió ante la aspereza del pelaje. Al inspeccionar desde cerca, pudo apreciar cómo el pelo se desprendía fácilmente. Los mechones se quedaban en sus dedos, y el cuero al descubierto se mostraba agrietado. Eros poseía un gran conocimiento acerca de caballos, su experiencia en los establos lo habían convertido casi en un experto, por lo que comprendió rápidamente lo que estaba sucediendo: Agatha había contraído el mal del dragón.

Aquella enfermedad, habitual en especímenes viejos, era una sentencia de muerte. Había visto varios sacrificios de caballos a causa de esa penosa afección. Pero nunca le había tocado tan de cerca. Los ancianos decían que el sacrificio era una decisión piadosa para evitarle un proceso degradante y doloroso al animal que, de todos modos, lo conduciría a una muerte inevitable. La comprensión de esto lo golpeó de tal manera que sintió su pecho contraerse de dolor.

La abrazó con fuerzas, angustiado, pero la yegua lo rechazó con un sacudón de su cuerpo, dejando claro que no quería ese contacto. Eros se fastidió, aunque la comprendía. Lo mismo le había pasado con sus reacciones previas, las cuales cobraban sentido. Prefirió darle espacio y permaneció a un costado, sin saber qué hacer.

De pronto, Agatha hizo un movimiento brusco. Eros se aproximó y trató de conectar con su mirada, pero quedó pasmado ante la sorpresa. Sus ojos habían mutado súbitamente de manera inquietante: las pupilas estaban contraídas y verticales, y el iris, mucho más predominante, lucía una extraña pigmentación. El color combinaba un celeste profundo con hendiduras turquesas que brillaban intensamente, parecía una exótica gema adornando su rostro. Estaba claro que aquello no se trataba del mal del dragón.

La yegua dejó escapar un gemido escalofriante, muy diferente a su relincho habitual. Era un sonido cargado de dolor y estremecimiento. Pronto, el carrillo comenzó a deformarse aumentando su volumen. A medida que su mandíbula crecía, las riendas se tensionaban más y más. El animal abrió la boca y masticó con fiereza el cuero de las cuerdas y, en pocos segundos, las destruyó con facilidad. Su potente dentadura estaba totalmente transformada: la quijada contenía una fila de dientes filosos perfectamente alineados, con agudos colmillos que recientemente habían emergido de sus ensangrentadas encías.

Las riendas se soltaron y sólo quedaron los jirones colgando de las manos de Eros quien, aturdido, aún no podía procesar lo que sus ojos estaban viendo.

La cabeza de Agatha tenía el aspecto de una criatura verdaderamente salvaje y, para ese entonces, el pelaje de su cuerpo se había terminado de caer por completo. El cuero al descubierto ya no asemejaba al de un caballo, sino que estaba cubierto por un manto de escamas blanquecinas y brillantes que reflejaban la luz solar en cada movimiento. El proceso había avanzado a gran velocidad dejando todo tipo de alteraciones. Había desarrollado una prolongada cola fibrosa, y sus extremidades habían adquirido mayor musculatura. Las pezuñas se habían desgarrado dando lugar a fuertes garras con uñas puntiagudas. Por último, la espina dorsal se había pronunciado sobre el lomo exponiendo púas de gran tamaño, y dos voluminosas protuberancias se habían proyectado desde sus hombros hasta convertirse en un par de excepcionales alas membranosas.

La metamorfosis finalmente concluyó, trasformando por completo el cuerpo de la yegua en el de una formidable dragona blanca, vigorosa y de gran porte, que ni las descripciones más sofisticadas de los textos mitológicos hubieran podido representar.

Eros, atónito, desconocía cómo manejar la situación. Se encontraba a merced de la voluntad de un imponente espécimen de dragón, pero, a su vez, sabía que se trataba de Agatha. En medio de la confusión, se alegraba de que no estuviese enferma, aunque, al mismo tiempo, la criatura que tenía frente a él poco conservaba de su antigua compañera.

Con cuidado, se acercó a ella. Apoyó su mano tímidamente sobre la quijada y pudo sentir la aspereza de su renovada contextura, pero, antes de intentar otra cosa, la dragona se irritó y lanzó un brusco resoplido por la nariz. El aire emergió con presión y extendió una pared de vapor ardiente entre ambos. La elevada temperatura hizo que el joven retirará el brazo con rapidez, pero el reflejo no fue suficiente para evitar el roce y el calor le produjo quemaduras en la piel.

La nube entorpecía la visión del muchacho, quien apenas podía distinguir la silueta de la dragona, aunque sus penetrantes ojos brillaban entre la bruma. No lograba descifrar que había detrás de esa mirada turbia y difusa. Se preguntaba si aún permanecería Agatha dentro de ese ser ya que primer contacto había sido realmente desalentador.

Antes de que Eros pudiera hacer más conjeturas, Agatha se volteó abruptamente e, ignorando su presencia, abrió las flamantes alas y comenzó a agitarlas. Un remolino de viento se desató dispersando la densa niebla que flotaba en el aire. Bajo un ambiente enrarecido, intensificó el aleteo y su cuerpo comenzó a gravitar. La criatura tomó impulsó y avanzó por el Camino de los Miedos en un vuelo rasante, alejándose a gran velocidad de Eros. El joven no podía hacer otra cosa más que observar como la imagen de Agatha se esfumaba, al igual que el vínculo que habían mantenido desde hacía tanto tiempo.

Finalmente, la dragona elevó su fornido cuello desviando el rumbo y su figura se perdió entre las copas de los árboles. Eros estaba abatido, pero, inmerso en su desasosiego, consideró la posibilidad de que lo vivido fuera el preludio de un nuevo reto, otro desafío del Bosque Encantado.

Recordó el frenesí de Igor en torno a su pecado y concluyó que, tal vez, todo eso formaba parte del suyo. En tal caso, su deserción por salvar a Agatha aparentaba ser la deuda que debería saldar. La teoría daba lugar a una nueva incógnita: ¿la metamorfosis habría sido una extraña alucinación para ponerlo a prueba o simplemente un hecho fortuito?

26

Corrían los segundos, y la princesa se ponía cada vez más nerviosa e impaciente. Necesitaba respuestas, y, antes de entrar en pánico, alguien irrumpió el ambiente.

—Hola, no temas, no te haré daño —dijo una voz anónima.

Elena se sorprendió, y comenzó a mirar en todas direcciones. Pronto, oyó ruidos entre la maleza y un hombre luciendo el uniforme de la guardia real se hizo presente.

—Tranquila, puedes confiar en mi Elena, fui yo quien te salvo. Además, creo que me conoces —afirmó, con una sonrisa risueña. Ella lo observó, pero no pudo reconocerlo.

—No sé quién eres, pero te agradezco lo que hiciste por mí —respondió, con más calma. El soldado se acercó hasta su posición, hizo una reverencia y retomó el discurso.

—Soy Aron, mi padre pertenece a la nobleza, nos hemos visto muchas veces en reuniones y ceremonias —le sonrió, quería resultarle familiar.

La princesa lo miró desconcertada, seguía sin identificarlo y la situación empezaba a ser incómoda.

—Discúlpame, pero no te recuerdo, igual me alegra que estés aquí sino ya estaría muerta —admitió, y ambos rieron un poco. Poco a poco, la tensión comenzó a abandonar el ambiente.

—Con mi mayor respeto, permíteme decirte que lo que acabas de hacer fue muy arriesgado —hizo una pausa y retomó, temeroso—, y un poco estúpido —agregó, sabiendo que su comentario era osado para dirigirse a la hija del rey.

—Ya lo sé, tendría que haber huido. Sin embargo, perdí tiempo viendo cómo los dragones destrozaban a esos dos hombres, en lugar de… —asintió contando su versión, pero fue interrumpida por el muchacho.

—Disculpa, ¿dijiste que había dos hombres? —reaccionó el joven, extrañado.

—¡Sí, hombres! No fue la única vez que me cruce con ese par de idiotas —respondió, confundida.

—Las criaturas no estaban devorando hombres. Habían cazado venados y tú te quedaste estupefacta observando la situación por un buen rato, demasiado tiempo de hecho —explicó, con mirada extraña—. Era lógico que en algún momento fueran por ti también. ¿Estás segura de que eran hombres lo que vistes?

—Sí, hombres —repitió, completamente desorientada pero aun así segura de lo que había visto—. ¡Hasta había hablado con ellos!

—Tranquila, es común que sucedan estas cosas en el bosque. De eso se trata, este lugar juega con tu mente —afirmó con seguridad, y al ver que Elena seguía en un mar de dudas, trató de ser aún más específico.

»La maldición del bosque provoca confusión y alucinaciones. Nos hace ver cosas que no existen físicamente, pero que nos atormentan y expone a nuestros peores miedos para dejarnos vulnerables. Las criaturas que deambulan por aquí se aprovechan de eso. Nos pasó a todos, no fuiste la única. Ahora entiendo por qué te detuviste ante los dragones —concluyó con suficiencia—. No se trataba de algo estúpido, espero puedas disculparme, mi juicio fue un poco apresurado —añadió, recordando ser respetuoso.

—No hay problemas, no tienes que disculparte —respondió Elena, cada vez se sentía más afectada con lo sucedido—. Entonces nunca estuvieron presentes esas dos personas, fue todo producto de mi imaginación —dijo casi para si—. Esos dos ladronzuelos me hicieron pasar un mal momento algunos días atrás, y quedé afligida al respecto. Tiene sentido que el bosque lo haya aprovechado a su favor. Me siento una estúpida por haber caído en la trampa —expresó, está vez con bronca. Pasaba de un estado de ánimo a otro en cuestión de segundos.

—No te castigues, es inevitable caer en la trampa. Yo tuve que lidiar con las exigencias de la alucinación de mi padre y, mientras tanto, casi me mata un dragón. De no haber sido por Eros, no hubiese sobrevivido —relató, y, al escuchar que nombraba a su amigo, la princesa abrió los ojos de par en par.

—¿Estuviste con Eros? ¿Está vivo? ¿Dónde lo viste? —preguntó, ansiosa y expectante.

—Sí, lo vi. Me salvó la vida durante la prueba de valentía y avanzamos un buen tramo juntos, pero nos separamos —respondió.

Elena entendió rápidamente que ese encuentro se había dado la primera vez que Eros había ingresado al bosque, el hecho no coincidía temporalmente con el segundo ingreso, que había sido el motivo de su huida. La euforia que había sentido se derrumbó como un castillo de naipes. Elena era un torbellino de emociones, estaba sobrepasada por los acontecimientos y el muchacho advertía su estado.

—Tranquila, ya viviste demasiadas cosas, y este no es un buen lugar para que estés. No estamos lejos de la salida, deberíamos irnos. Además, si regresamos juntos, podremos estar más seguros —recomendó, tratando de persuadirla.

La joven sabía que, de regresar, renunciaría a la posibilidad de salvar a Eros. Pero, por otro lado, se sentía completamente abatida y sin fuerzas. Nunca había estado tan cerca de la muerte y la opción que le ofrecía el soldado era su mejor carta de supervivencia. El cansancio no la dejaba pensar con claridad, por lo que se mostraba indecisa. Aron aprovechó para ser más insistente. No le gustaba verla expuesta al peligro, pero mucho menos por la causa que la movilizaba. Odiaba el sentimiento que Eros había despertado en la princesa, y era el momento perfecto para interferir.

—Lamentablemente, la suerte de Eros ya está echada. Su destino no está a nuestro alcance y no podemos hacer nada al respecto. Pero sí podemos tratar de sobrevivir —le dijo, tratando de sonar lo más convincente posible—. Eres la única hija del rey, tienes una gran responsabilidad por delante y no deberías arriesgar tu vida por una causa perdida.

—Sé que tienes razón, pero debo hacerlo de todos modos. Hay cosas que tú no sabes, pero yo no pude ayudarlo cuando me necesitó y él se vio obligado a huir. Ahora es el momento para que repare mi error —explicó amargamente, recriminándose.

Aron percibía que el amor de Elena por Eros era demasiado fuerte como para torcer su decisión con un simple discurso, y decidió apostar mucho más fuerte.

—Hay algo que debes saber. No quería decirlo en este momento, pero no tengo alternativa —lanzó un suspiro dramático para enfatizar sus palabras, captando toda la atención de la princesa.

—¿Qué debo saber? —preguntó, dubitativa y con temor a lo que se escondía detrás de sus dichos.

—Vi a Eros hace algunas noches, antes de poder salir del bosque —anunció, y agachó la cabeza. Le costaba sostener la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Vayamos a buscarlo! —propuso, muy estremecida.

—No, no podemos… —comenzó a negarse, pero se interrumpió a mitad de la frase, sin saber qué decir.

La princesa, exasperada, lo tomó del cuello del uniforme con firmeza y lo sacudió.

—¿Por qué no puedes? ¡Dilo ya! —ordenó con vehemencia.

—¡Eros está muerto! —lanzó, y las palabras se clavaron en el pecho de Elena como una flecha envenenada.

Sin poder emitir palabras, se quedó balbuceando sonidos sin sentido, con la mirada totalmente perdida. Se quedó así un instante, hasta que se quebró en un grito desgarrador. Se tomó el pecho con ambas manos y dejó caer sus rodillas en el suelo. Mientras las lágrimas inundaban su rostro, se esforzó para mirar al joven. Aron se sentía afligido, no esperaba tal reacción, pero las cartas estaban echadas, y era el momento de reafirmar el camino que había elegido.

—Estaba acorralado por un dragón, traté de acercarme a él para auxiliarlo, pero no llegué a tiempo y la bestia lo atacó violentamente. No pude hacer nada, fue todo muy rápido — se esmeraba por ser dramático, e incluso logró que su voz sonara entrecortada y derramar algunas lágrimas.

»Ni siquiera pude despedirme de él —continuó, envalentonado por su propio éxito—. Tras la embestida, vi su cuerpo, ya sin vida, entre las garras del animal, que se fue arrastrando sus restos —finalizó su relato, dando una destacada catedra teatral.

—Es mi culpa, no pude ayudarlo —dijo Elena, tras recuperar un poco el aliento.

—No es así, el eligió su propio destino, nadie lo obligó a tomar sus decisiones. Incluso ingresaste aquí para ayudarlo, eso es demasiado. Nadie entraría a este lugar para ayudar a otra persona, y tú lo hiciste —expresó con admiración genuina, directo—. No tienes nada que reprocharte, pero aún tu vida está en juego, lo que debes hacer es salir de aquí y continuar con tu camino. ¡Qué más quisiera Eros! Él odiaría que murieras en vano. Salgamos de aquí, hazlo por él —insistió, convincente, sabiendo que tenía en su puño lo que quedaba del ánimo de la princesa.

Aron le tendió la mano para que pudiera reincorporarse. Ella se levantó en silencio y, con resignación, le hizo un gesto aprobando su sugerencia. Aron extendió el brazo por encima de los hombros para ayudarla a dar los primeros pasos, y ambos continuaron la marcha por el Camino de los Miedos rumbo al Reinado del Sur.